



CONTRIBUCION A UN ANECDOTARIO JOCOSO RENTERIANO

Por Adolfo LEIBAR

En mi colaboración del año pasado («Juegos infantiles en los tristes treinta») brindaba un reto a los lingüistas en la interpretación del «Trangüé». Pues bien, el guante ha sido elegantemente recogido por la señorita Miren Guezala. He aquí su interpretación:

<u>En renteriano</u>	<u>En francés</u>	<u>En castellano</u>
<i>El trangüé</i>	<i>Le tramway</i>	<i>El tranvía</i>
<i>La regalé</i>	<i>A dérailé</i>	<i>Ha descarrilado</i>
<i>Muxu lapá</i>	<i>Sur la place</i>	<i>En la plaza</i>
<i>De lapasé</i>	<i>Du «Bon Marché»</i>	<i>De «Bon Marché»</i>

(1) Renteriano: Además del nativo, al que se le considera o se siente como tal.

Y vayamos con el tema de este año: «Contribución a un anecdotario jocoso renteriano» (1).

Comenzaré por confesar que mi parcela conservadora ha respondido lealmente a su condición al huir de los riesgos que conlleva la identificación de las personas que han protagonizado las anécdotas que se transcriben a continuación. Bien es cierto—y esto habrá que señalarlo a su favor—que ha tenido sus dudas, puesto que el personaje viene a ser la piedra-básica-angular, es quien da el peso específico a la narración y sin él, lógicamente, ésta pierde mucha fuerza. Pero, finalmente, mis ansias de vivir con el menor número de disgustos posible han pesado de tal forma que he optado hasta por la desfiguración de algunos aspectos accesorios de la narración, en aras de esta no identificación

del personaje, contrapesando prudentemente que lo que se vaya en demérito lo ganaré en seguridad.

Finalmente y para mayor enmascaramiento, he decidido protagonizar con mi nombre al personaje principal de las anécdotas. Y para los demás participantes cuento con el de mi mujer y los de mi numerosa prole. Y de esta forma lo que pudiera haber de ofensivo quedará en casa para que nadie pueda sentirse molesto.

El «campus» anecdótico renteriano es diverso y extenso. Y eso se comprueba nada más iniciarse en él. Se podría realizar un grueso volumen de caracteriología renteriana si incluyéramos en el mismo, como está mandado, los apodos. Pero esto de los motes es todavía más comprometido y dudo que se pueda relatarlos sin merma física hasta la cuarta o quinta generación... por lo menos. Quizás si se aventurara una academia, sociedad o un hombre arriesgado y fuerte, podría ser más factible.

Así que, decididamente, opto por elegir unas cuantas anécdotas-tipo con el propósito de que sirvan de acicate a otros para un trabajo más extenso de recopilación que resultaría muy jugoso y curioso para el análisis del pueblo renteriano en esta faceta tan intrínsecamente humana.

Cabe destacar como nota curiosa que, al recopilar los hechos anecdóticos, se aprecia con cierta nitidez la existencia de dos épocas que me aventuro a denominarlas así:

Anécdotas de sidrería y de café: Que se sitúan prácticamente entre las dos guerras mundiales; siendo euskéricas en idioma, matiz y sentido las de sidrería; y castellanas, en idioma, las de café.

Y anécdotas de chiquiteo: Que se localizan después de nuestra guerra civil, interfiriéndose algo con la anterior y que habitualmente se transmiten en castellano.

Por precisar de menos tiempo y resultarme más cómodo, puesto que las anécdotas de sidrería—verdadera época dorada, como la propia sidra, del anecdotario renteriano—son más difíciles de conseguir, ya que cuentan con pocos personajes en activo, he optado mayormente por las «anécdotas de chiquiteo». Pero sería una pena que se perdieran las de sidrería. ¡Animo, que todavía es tiempo!

Y vayamos ya con este nuestro propósito de sonreírnos un poquitín con «das salidas» de nuestros paisanos.

ANGINAS A LA «MAGDALENAS»

Vísperas—alegres y joviales vísperas—de la Magdalena.

La noria ritual y consuetudinaria del chiquiteo es recorrida por «la cuadrilla» en la que Adolfo, de natural inquieto y alegre, se muestra hoy pasivo y mustio.

¿Qué te pasa?—le pregunta Xabier, el líder de la cuadrilla.

¡Nada importante; que me duele la garganta!—contesta a *sotto voce* Adolfo.

Las reglas del chiquiteo fijan que determinados establecimientos sí y otros no; depende de los precios, de las simpatías, de las actitudes.

También la cuadrilla de Adolfo va cubriendo «sus estaciones» y en sus libaciones el riesgo sanguíneo de sus componentes va nutriéndose de rico alcohol, lo que les convierte en más locuaces... a excepción de nuestro protagonista que continúa inmutable y mudo, al contrario de otras muchas veces en que parece que le han vacunado con una aguja de gramófono.

Para que tú estés tan paradito y silencioso algo serio tienes que tener ahí dentro, entre tu piquito de oro y boquita de plata. ¿Serán anginas?—le pregunta Iñigo, el más socarrón de la cuadrilla.

Puede que sí. ¿quieres mirármelas?—gimotea Adolfo, con ojos tristes.

¡Pues bien, abre la boca!—le dice Iñigo, solícito.

Y mientras su diligente amigo mira y remira tratando de localizar, pero sin que aparezca ni en boca ni en garganta más que el cuaresmal violeta del vino... allí, desde el fondo fondo, casi desde los intestinos de Adolfo, brota un susurro carraspeante y a la vez camelón que, al exterior, se expresa así: «?Me prestas veinte duros?»

LA LEY DEL MINIMO ESFUERZO

A nuestro Adolfo, de gran agudeza mental, vivo temperamento y preocupado siempre por los problemas-públicos-políticos, que en más de una ocasión le acarrearón serios disgustos, pues era de los que echaba toda la carne en el asador (sirva de botón de muestra el que en ocasión de un mitín socialista en San Sebastián, cuando el orador se preguntaba peyorativamente... «¿Y qué han hecho los nacionalistas?» Nuestro protagonista le atajó diciendo: «¿Y que habéis hecho vosotros, *txoitxolos* de la...?») Lo primero que llegó a manos de su mujer fue un sombrero maltratado y, mucho más tarde, su dueño... como para remendarlo).

Pues bien, a nuestro protagonista le gustaba rumiar sossegadamente sus inquietudes y compromisos de conciencia en una especie de medio-siesta en la trastienda de su comercio.

Estamos en plena canícula y nuestro hombre se halla rizando el rizo a la institucionalizada siesta. Su mujer, Ixiar, diligente y afanosa, atiende en el mostrador mientras su esposo, en la penumbra, digiere sus elucubraciones sobre algún problema municipal o del partido, con los pies sobre una silla y el «pandero» sobre otra, ambos al mismo nivel y tapándose el rostro con un periódico reaccionario, postura clásica para las siestas en las trastiendas.

Pero el puñetero gato—siempre hay un molesto gato en estas lides de la siesta—, que le quiere mucho, le pasa y repasa ronroneante y retozón con la cola enhiesta rozándole los muslos. Y esto molesta y distrae a Adolfo en su cuasi-nirvana.

«¡Ixiar!»—llama a su mujer.

Pero Ixiar está en lo suyo, trajinando, comerciando. Y no le oye. Y mientras tanto la cola del gato sigue haciendo de las suyas.

Y así, a la segunda, la voz de nuestro protagonista truena pujante e imperiosa. «¡Ixiiaaarrr!»

—Pero, ¿qué quieres?, ¿qué te pasa?—le responde su mujer mientras acude presurosa a su vera.

—¿Que, qué quiero?—refunfuña Adolfo—. ¡Hazle *xapi* al gato!

EL AMOR ES EL AMOR

Adolfo, joven y con ansias locas de saber basado en el conocimiento de los mayores. ¡Filosofía basada en la vida misma!—es su lema.

La acción transcurre en uno de los cafés que había en Rentería antes de la guerra. La gente juega al dominó. Y entre el estrépito de las fichas—«¡Blanca doble!»—chocando contra el mármol de las mesas la conversación se circunscribe al acto del amor.

Juan, considerado como el más entendido en la materia (amigo lector, no lo digas por ahí, pero es el caso que veraneó en una playa francesa en la que todos estaban descalzos hasta la garganta), señala que, indefectiblemente, cada vez que hace el amor se le abre el apetito de forma desmesurada.

Todos los contertulios coinciden en este característico aumento del apetito cada vez que aman. Uno, para dar más contundencia expresiva, dice que hasta el caballo

cuando cubre a la yegua busca en seguida el agua y el pasto. ¡Todos de acuerdo!

A Adolfo se le abren los ojos como platos y los oídos se le convierten en puro radar ante estas pragmáticas afirmaciones de alto rango.

A los pocos días, en el mismo café y ante los mismos contertulios, nuestro juncal y garrido mozo pide tímidamente a la servicial Karina: «¡Karina, un bocadillo!» Y ya engullido el bocadillo y con más fuerza: «¡Karina, tréeme otro bocadillo!»

La partida de dominó—«¡Blanca doble!»—prosigue mientras los juegos gástricos del interfecto están reseco de tanto pan y se siente desconsolado ante la nula audiencia que provocan sus peticiones a la fámula. Pero a la tercera va la vencida. Y ya a voz de grito: «¡Karinaaaa, otro bocadillo mááásss!» Lo que provoca la tan esperada reacción del contertulio Xabier, quien le pregunta: «¿Pero qué es o qué te pasa hoy con tanto apetito?» Y entonces viene la plenitud de nuestro joven Adolfo quien, con un mohín de complicidad satisfecha, aunque todavía no haya roto un plato, exclama: «¡Ya te puedes figurar... cosas del amor!»

INTEGRO HASTA EL FINAL

En la anteguerra civil hasta los vendedores de periódicos se hermanaban estrechamente con los postulados de los editoriales de la prensa que vendían.

Y no era incorriente el que debido al tenso clima existente en dichas calendas se asistiera a este tipo de explosivos diálogos que se producían a voz en grito: «¡Yagi, Yagi!» «¡El Pueblo Vasco!» «¡Euskadi Roja!» «¡La religión es el opio de pueblo!» «¡Que te crees tú eso!» «¡Cuando venga lo veremos!» Todo ello sobre la marcha, con los periódicos bajo el brazo, en plena exaltación y ante el comprador atónito y otros no tanto.

Adolfo, en honor a la verdad, ni vendía periódicos ni era periodista, pero, eso sí, vivía este encendido clima con el ardor sagrado de su excelso catolicismo-apostólico-vasco. ¡Más que el Santo Padre, si fuera preciso!

Y en esta su conducta de no plegar velas aunque se desatara el más violento huracán, un vecino de la izquierda—no del piso, sino de la siniestra—le pone en el disparadero espetándole así: «Para que lo sepas bien, Adolfo, ¡abajo el clero conspirador!» Y Adolfo, ardiendo en santa indignación y defendiendo su causa al tope, sin reservas ni prejuicios, le responde a voz en grito: «¿Cómo que abajo? ¡Arriba el clero conspirador!»

SOLICITO AMOR PATERNO

Para Adolfo la partida de cartas se ha prolongado más de lo deseado, tanto por los resultados crematísticos como por la hora de retirada que está aureolada por un bello amanecer.

Al penetrar en su alcoba—eso sí, con pies de seda—Adolfo oye el llanto de Juan, su benjamín. Y como en la misma medida que corto de dinero anda larguísimo de reflejos, se abalanza sobre la cuna balanceándola mientras tararea el oportunísimo «Aurtxo txikia seaskan dago...».

Entre la penumbra surge la voz de su mujer, Ixiar: «¿Pero se puede saber qué haces ahí a estas horas, levantado y cantando?» «¿Que qué hago? Claro, tú ahí, dormida y bien calentita, y yo aquí acunándole y cantándole a este renacuajo para que se calle»—responde Adolfo con acento enojado.

«¡Adolfo, Adolfo!»—replica Ixiar sentenciosa—. Deja esa cuna quietecita, para ya de cantar, que lo haces muy mal y no son horas, y métete en la cama, que a tu querido hijo Juan lo tengo yo aquí, entre mis pechos, mamando como un choto y... desde hace más de una hora.»

CUESTION DE OPORTUNIDAD

Adolfo se halla muy nervioso esperando a que le indiquen que puede entrevistarse con el director de la fábrica, don Iñigo.

No sabe para qué y por qué le han convocado y esto le desasosiega: «¿Qué querrá don Iñigo? ¿Habré hecho algo mal y que yo no sepa?»

Y justo cuando la pizpireta secretaria Olga le indica que puede pasar al despacho de don Iñigo, ¡oh tragedia!, no puede controlar las veleidades de su esfínter que permiten la salida de una imponente «putza» con cuya aureola penetra en el despacho del director.

«¡Siéntate, Adolfo!»—le dice amablemente don Iñigo al mismo tiempo que comienza a arrugar su nariz como los conejos forzado por la sensibilidad de su pituitaria.

—¡Pero, cómo, Adolfo! ¿Es que te has echado un pedo?

—Sí, don Iñigo, pero ha sido sin querer y además lo he echado fuera del despacho—le contesta Adolfo compungido.

—¡Ah, sí!»—replica don Iñigo—¡Pues otra vez te echas el pedo dentro y sales fuera!

ARREPENTIMIENTO... IN EXTREMIS

Adolfo, con sus amigos Xabier y Luis, lleva varios días de parranda en «los sanfermines de Pasajes».

Beber, sí que han bebido. Pero comer, casi nada. Y disponen de tanto apetito como de poco dinero.

Entran en una tasca y mientras Adolfo se dirige al retrete sus compañeros de fatigas se quedan en la barra.

Al final del pasillo se halla el evacuatorio, pero Adolfo se confunde y penetra en un cuarto en donde, ¡oh milagro!, hay una estupenda mesa-bodegón repleta de comida con unos rubicundos y olorosos quesos de Idiazábal como espectacular telón de fondo. ¡Comedme, comedme! están diciendo.

Adolfo retorna rápidamente a la barra para comunicar a sus amigos de parranda la grata nueva, diciéndoles: «¡Id allí mientras yo vigilo!»

Xabier y Luis, activados por su desaforado apetito se lanzan apresuradamente a la despensa mientras su buen amigo Adolfo, dirigiéndose al tasquero le dice: «¡Oiga, cuando he ido antes al retrete me ha parecido que había unos hombres que estaban robando quesos... creo que de Idiazábal!»

MALA PUNTERIA

La circunstancia le coincide a Adolfo con una opípara cena en «la sociedad» y con un purulento furúnculo en el trasero.

La cena le pide apagar los ardores de la digestión y, al no ser masoquista, tampoco siente el menor placer en estar sentado, por lo que, en este alalimón tan dispar, decide pernoctar cervecando por los bares de la localidad con sus amigos.

En el alivio de las complicaciones digestivas y en la mitigación de las vivísimas punzadas del furúnculo va incidiendo el rubio contenido de múltiples botellines de espumosa y fresca cerveza.

¡Las noches del sábado siempre son bellas porque no son precursoras del trabajo! Y es por eso que sus horas se prolongan en aquellos lugares abiertos a las mismas. ¡Hay que recorrer las tascas con la parsimonia suficiente que nos lleve confortablemente a la hora del cierre!

Y en su dormitorio, Adolfo trata de localizar el furúnculo para cubrirlo de esparadrapo y no manchar la cama con su supuración.

Tras varios intentos fallidos en los que a pesar de localizarlo no consigue atinar con los esparadrapos, por fin, y como sucede siempre en estos casos, surge la idea luminosa: ¡el espejo del armario!

Y así, sí. Efectivamente, con la ayuda del mismo le resulta facilísimo, ¡a la primera!, aplicarse los esparadrapos sobre el dichoso furúnculo ¡Y ahora a dormir tranquilo, puesto que todas las molestias se han aplacado!

A la mañana siguiente siente hundírsele el mundo cuando su querida y comprensiva Ixiar le despierta recriminándole: —¿Pero qué manía te ha entrado esta noche para ponerle tantos esparadrapos al espejo?

PUNTOS DE VISTA DISPARES

Adolfo se halla ya retirado y apurando sus últimos días... hasta la última gota, como él bien dice. Y que sin duda será de sidra a juzgar por la que trasiega con sus amigos. ¡Ni que fuera a acabarse! Diariamente los 40/50 vasos—él siempre gusta de beber al *txox*—pasan al interior de su oronda *kupela* en esta espléndida temporada de sidras. Parece como si se estuviera preparando para una olimpiada pareirel. ¡Y qué ambientazo el de las sidrerías!

En esta ocasión la calidad de la sidra y el ambiente han sido tan excepcionales que se han identificado plenamente con su filosofía de que en este pindongo mundo se encuentra pero que muy de paso.

A Adolfo le cogemos cuando retorna a su casa con la cabeza humillada, las manos vacías dentro de sus más vacíos bolsillos y... al quinto día de sidrería.

No extrañará, pues, que así de «zalamera y cariñosa» le reciba la Ixiar de sus amores. Y con esta íntima y delicada endecha le abre la puerta de casa:

—¡Zerriya bai, i, Adolfo!

—¿Ni, zerriya? ¡Baña emakumia, utzi nazu pakian! Bitzta oso laburra da; iru egun geyo bizi bear ta.

—Jainkoa, lagundu nazu!—erantzun dio Ixiarrek—. Iru egun geyo alako alprojakin!

LA INESTIMABLE AYUDA DEL SUBCONSCIENTE

Adolfo se encuentra detenido y ante un comisario de policía, don Luis, sagaz e implacable, que trata de sonsacarle su apodo. Los interrogatorios, bajo esta premisa, son constantes: «Me tiene que decir su apodo. ¿Qué alias, qué mote tiene usted?» «¿Yo?, ¡Ninguno!» «Ande, no perdamos el tiempo y decidase de una vez, que será mucho mejor.»

Pero nuestro protagonista no suelta prenda porque, efectivamente, desconoce que tenga apodo alguno. Y ante esta aparente terquedad del detenido el comisario que, lógicamente, no le cree, aumenta su presión, lo que menoscaba los recursos energéticos del «sin-mote», quien, también por su parte, trata de escrutarle en pos y búsqueda de ese apodo cuyo conocimiento haría bajar la agobiante tensión. ¡Pero nada!

Mas el comisario, fiel a su misión, no cede fácilmente en el empeño y sigue incesante en la brecha: «¡Usted tiene que tener un alias que le identifique! «Pues, lo siento, pero no puedo decírselo porque si lo tengo lo ignoro»—replica acogido nuestro protagonista.

Y, centradas en el tema, las sesiones continúan sin apenas descanso. Y como gota a gota se desgasta la roca, finalmente el subconsciente del detenido viene en su ayuda y, dados sus deseos de acabar con la tensa situación, también en la del comisario don Luis.

De entre las brumas del tiempo surge la verdad escondida. Efectivamente, ¿quién no ha tenido un apodo? El también, Adolfo, en un momento de su vida, lo tuvo. Bien

que un apelativo cariñoso, pero que no obsta para que se apresure a dárselo a conocer a don Luis: «Tiene usted razón, y perdone que le haya hecho perder tanto tiempo, señor. A mí, cuando era pequeño y como era muy rechonchito, en casa me llamaban ¡Pototín!»

FISURAS EN LA AMISTAD

Para Adolfo la amistad y la sinceridad eran las virtudes más apreciadas en la persona. Y él las practicaba. Cuando lo hacía independientemente le resultaba fácil. Pero, a veces, cuando trataba o le tocaba conjugarlas, no siempre eran buenos los resultados. ¡Veámoslo!

Adolfo se dirige a la barbería de su amigo Luis, que tiene tanta fama de buena persona como de mal barbero.

Luis le ha embadurnado ya la cara con jabón y ahora le está sometiendo al duro suplicio de desollarlo vivo con su navaja que, para Adolfo, parece tener dientes de sierra en las manos vacilantes de un artrítico. Pero Adolfo es el más amigo de sus amigos y calla, sufrido, al conjuro de este dictado. «¿Qué hacer si ya casi soy el único cliente que le queda a Luis; si me suele esperar como al agua de mayo?»

Y la garlopa continúa poniéndole el cuero al rojo vivo, obligándole a ocultar la nuez cada vez que la vacilante navaja le pasa por el garganchón.

Y mientras le brotan incontenibles algunas lágrimas de dolor he aquí que, de pronto, la calle se llena con los agudos aullidos de un perro maltratado que la cruza como alma que lleva el diablo.

El amigo Luis, obedeciendo a su natural de verdugobondadoso, inicia un apenas perceptible soliloquio: «¿Qué le pasará a ese pobre perro para que aúlle de esa forma?» Y su fiel amigo Adolfo, lanzando sus principios por la borda, le remata fulminante: «¡Será que le están afeitando!»

FIEL GUARDIAN

Adolfo daba fe en todo momento de un vasquismo a ultranza. Tenía para su Euskalerría la misma visión que los chinos o los ingleses: mi país y, luego algo más, el resto del mundo.

Para Adolfo la emigración masiva habida en Rentería era un atentado de lesa patria; no veía en ella ni el más leve aspecto positivo. Y esto lo conocía muy bien su amigo Juan—diablillo juguetón—, quien estando en el bar, le dice: «¡Oye, Adolfo, mientras voy al retrete cuida el paraguas que hay en la barra no vaya a ser que se lo lleve algún *kanpotarra* de los que están ahí.» «¡No pases ningún cuidado y déjalo de mi cuenta!»—le contesta Adolfo.

Y mientras su íntimo Juan, después de evacuar en el retrete sale por la otra puerta del bar, el grupo de emigrantes comienza a salir del mismo al tiempo que uno de ellos echa mano al paraguas. «¡Quieto ahí y deje ese paraguas donde está!»—trueno la voz de Adolfo en el local. «¡Que se cree usted eso!»—le replica el mozo. «¿Cómo, encima de ladrón descarado?»—grita Adolfo abalanzándose contra el grupo. El zipizape y alboroto que se organiza puede uno imaginárselo sabiendo que el paraguas no es precisamente «del diablillo» Juan.

CAFE-CON-LECHE-Y-CON-SOPAS

Adolfo tiene, aparte de unos envidiables años, por lo jóvenes y saludables, una tía tan encantadora como distraídísima.

Una *amatxo* mucho más encantadora, y de distraída nada.

Y unas seculares y enraizadas costumbres establecidas para andar por casa—como son el rosario y la ingestión de generosas cantidades de café con leche con sopas—, las cuales

cumplimenta todas las noches antes de irse a ese estupendo «prau», que es la cama, y en donde si no se duerme se está «echau».

Hoy, «el recorrido» le ha salido más largo de lo habitual —¡había tan buen ambiente!— y le sobran varios chiquitos que pugnan por asomársele de la boca a nada que baje la cabeza. ¡Menos mal que ya ha ascendido las empinadas escaleras de casa!

Se halla sentado a la mesa y la cena no le ha ido mal porque toda ella ha sido «de secano». Mas, Adolfo, piensa aterrorizado en lo que sucederá cuando le toque el turno al café con leche con sopas.

Como de costumbre, justamente después del postre, su *amatxo* comienza a desgranar el rosario al mismo tiempo que con aire victorioso—al menos así le parece hoy a nuestro ínclito—coloca en la mesa el remate final de la cena. ¿Y qué hacer ahora con el contenido del humeante tazón que tiene enfrente, repleto y retador? ¡Parece el Vesubio! —piensa Adolfo.

El problema agudiza la mente del atribulado Adolfo: ¿Tirar el tazón de un codazo?—se le ocurre. ¡No, no sirve; no es remedio porque en casa suele haber más leche que en un estable!

La *amatxo* nunca permanece estática durante el rosario: va y viene del comedor a la cocina. Y en uno de estos vaivenes Adolfo se levanta como un resorte con el tazón entre las manos y, rápido como el rayo, se dirige al retrete, próximo y—¡oh feliz casualidad!—con la puerta abierta.

De las enormes calorías del café con leche... y con sopas, da fe el espeluznante alarido de su encantadora tía al sentirse escaldada en lo más íntimo de sus intimidades.



Los condicionamientos en orden al espacio que una colaboración debe tener en cualquier revista del tipo «OARSO» me obligan a sintetizar algunas de las anécdotas recogidas y que las incluyo en este:

SASKI-NASKI ANECDOTICO

No era tanta su conversión, pero sí su sinceridad:

«¿Y qué me dices de lo del dinero?» «Pues, mire, padre, este mes mucho mejor; no he robado ni un solo sus.» «¡Me alegro, Adolfo, me alegro, porque ya veo que comienzas a cambiar!» «¡No, padre, no!, es que mi *amatxo* ha cambiado de cerradura el cajón!»

Una vela a Dios y otra al diablo:

En el seno familiar comienzan a murmurarse «las letanías del santísimo rosario» cuando Adolfo tiene agotadas ya todas sus dotes persuasivas y medios legales para hacerse con ese dinero que le resulta tan necesario y no ve otra posibilidad de hacerse con él más que en el cajón de la tienda al que va acercándose paulatinamente con el mismo ritmo cadencioso de las letanías. Y, precisamente, cuando su *amatxo* lanza al éter el «Mater Boni Consili»—ya es coincidencia—¡cataplum!, toda la trastienda queda inundada por el ruido del cajón al caérsele con todos los suses rebotando por el suelo.

Las ventajas de ser políglota:

Una excursión a la alta montaña. Pueblo pequeño y con la adición de varios autobuses de montañeros, pues, de bote en bote. Apenas si hay habitaciones; algunos al granero.

A Adolfo le toca acostarse con el padre Xabier, quien, a media noche, comienza a soñar. ¿Qué soñara un cura? —le acucia la malicia curiosona a nuestro ínclito Adolfo y... afina el oído. ¡Oh decepción! El padre Xabier está soñando en latín.

¡Guerra a los diletantes!

Para Adolfo su amor era la música: Beethoven, su padre; Mozart, su madre; Wagner, su tío; Bach, su abuelo. Los cuartetos y sextetos más desconocidos para el vulgo venían a ser el pan cotidiano de su alimento musical que, a la vez, lo espiritualizaban.

Y al mismo tiempo que le elevaba lo que él llamaba MUSICA—así, con mayúsculas—le deprimían la cohabitación, para él, de la música ramplona y barriobajera. ¡Mira que utilizar las mismas notas para una y otra! ¡Ah, «La flauta mágica», qué puro delirio para su sensibilidad exquisita!

Y el día de su cumpleaños un anónimo amigo le dedica por la radio y, ¡catástrofe!, él la oye:... «la gallina papantitas ha puesto un huevo, ha puesto dos...».

Algo peor que Molière:

Huelga de celo en la frontera y cabreo consiguiente de Adolfo, que si en algo se caracteriza es en su incompreensión al santo Job.

El gendarme pregunta, registra, vuelve a registrar, repregunta, anda con persimonia—éste sí que no hace camino al andar—, mientras Adolfo, sentado al volante de su coche, arde en deseos de furia, está que explota. Pero el gendarme continúa con su pachorra antológica y, según la víctima—nuestro airado Adolfo—, con su aire de suficiencia tal que, penetrándole hasta la misma médula, le provoca este estallido lingüístico: «¿De cuánta tú te le donne?» Que traducido al carpetovetónico y para aclaración de aquel lector que la precise, viene a decir: «¿De qué te las das tú?»

En la sacristía:

Cura y monaguillo—como está mandado—preparados para salir al altar a celebrar.

Pregunta don Adolfo, el cura: «¿Cuántas velas hay?» «¡Dos!»—contesta Luis, el monaguillo. «Pues... ¡dos más!»—añade el cura. «¡Ordago!»—replica el monaguillo.

¿Niñerías?... ¡Jopé!

Su padre, Adolfo, últimamente le estaba castigando bastante; los *kaxkarrekos* (soplamos) están a la orden del día. El, Iñigo, ¿qué culpa tiene de ello? Vive la excelsa libertad del *mukitsu* temperamental-alegre-callejero y, como se verá, genial.

Iñigo no alcanza a diferenciar el ser como es del ser como juzgan otros que se tiene que ser. No lo entiende y se rebela.

El último tortazo de su padre le ha hecho ver las estrellas y la toma de una decisión: Va al retrete, se embadurna extensamente la cara con sus propios excrementos y dirigiéndose a su padre le dice aproximándole la cara: «¡Pega, pega ahora, a ver si te atreves!»

La esquila:

A Ixiar, ya viuda, le da por extremar su conciencia en orden a dejar las cosas bien atadas antes de dar su correspondiente salto al más allá. Ella está sana y hasta de buen ver, pero no quiere dejar paso a improvisaciones de última hora; está obsesionada «con el asunto». Para ella se acabó el planteamiento anterior, de cuando estaba casada con su Iñigo, y ahora ha decidido estar preparada y ser viuda.

Repartos equitativos, posibles liquidaciones hacendísticas, costas de las misas de difuntos, caja mortuoria, etc. Todo lo tiene ya convenientemente preparado. Se halla en plena exaltación previsor.

Y en este estado se dirige al guasón de Adolfo, que es quien se encarga de las esquilas periodístico-funerarias, «¿Cuánto cuesta una esquila?»—le pregunta Ixiar. «Pues, depende—le contesta Adolfo—; las tenemos de varios precios, según el texto y el tamaño. Pero ya puede usted espabilarse y darse prisa porque dentro de breves días vamos a subir la tarifa.

Estrictamente confidencial:

Doña X es de una moral muy estricta, rigurosa-inquisitorial más bien, y amiga de hacer favores, por cuyo motivo muy a menudo se le presentan problemas de conciencia.

Hoy está visitando a XX porque se siente obligada a ello a pesar de los riesgos que lleva implícita la noticia que le va a dar a la pobre.

Cuando comienza a languidecer la protocolaria conversación inicial de la visita, doña X se lanza al vacío diciendo-preguntando a XX: «¿Y a sabes lo que se dice por la calle?» «Como no me lo diga, seguro que no lo sabré»—replica desabrida XX. «Pues, que tu marido anda con otra, con una pelandusca»—se lo suelta doña X. «¿Ah, sí?»—recula dubitativa por un instante XX, hirviéndole de indignación el generoso contenido de su cruzado mágico, para contraatacar así: «Pues..., doña X, puede decirles a esas de la calle... que bendita la accitera que da para casa y da para fuera.»

Dies iræ, dies illa:

En su dilatada existencia Adolfo ha hecho gala de un ateísmo y anticlericalismo de campeonato; de esos que el pueblo guarda memoria.

Se halla postrado en el lecho y lanzando sus últimas bocanadas.

Su hijo Xabier está a su vera, reconfortándole, al mismo tiempo que introduce sus manos por debajo de las sábanas para colocarle cómodamente los pies. Y al tocarlos y sentirlos duros y, sobre todo, muy fríos, le dice a su padre: «¡Aita, laister ilko zera!» «¿Zer ba?»—le contesta el moribundo Adolfo. «Ankak otz otzak dauzkazu ta»—le responde Xabier. Y Adolfo, con un tremendísimo humor macabro—de ese que ahora denominan humor negro—le responde: «Utziakiok, egia baldin bada esateutena laister berotu bearrak ttuk!»

Sí, tendré que cortar ya porque en exceso hasta lo bueno se convierte en malo. Pero no quiero poner punto final sin antes dar paso a la que, para mí, es la reina, «la novena sinfonía» de las anécdotas recogidas.

MEJOR QUE MOLIERE

Hace algún tiempo era costumbre arraigada que para «doctorarse» en repostería, charcutería, peluquería, etc., el renteriano de pro se trasladara a Francia. Y así, de paso, también aprendía a «chamullar» francés.

Y allá se fue, a la dulce Francia, nuestro Adolfo, ya con amplios conocimientos aborígenes del oficio, a revalidarse y a tragarse el mundo.

Desde ya, Adolfo comprueba que su aprendizaje raya a menor altura que sus conocimientos, pero, prudentemente, decide aguantar.

Traslada materiales, abre y cierra el comercio, hace recados, prepara paquetes. Pero de lo mollar, del conocimiento específico de su profesión, ni mu. Y lo peor de todo es que estos pormenores se imparten a base de órdenes secas, imperiosas, que brotan tras un recortado bigotito y con voz en desagradabilísimo falsete.

Y de esta forma llega el aciago día en que su patrón-profesor «Charles» le ordena barrer la tienda. (Y a quien por dicho motivo tenemos que agradecer el que se produjera esta joya de la literatura francesa.) Montando en cólera, Adolfo le contesta así:

«¡Mesié! Que xe ne vení isí a fregar le sel e limpiar les plats. Que xe fime mis sigarretes tranquilitemant en mi cas. ¡Qué cojones!» (Esto último creo que es lo único que entendió monsieur Charles). Y se vino a Rentería.

¡Felices fiestas a todos!